

Por nuestra tierra: de Puente a Puerto, una ruta próxima y casi desconocida.

Juan José Fernández Delgado

Antes de emprender esta ruta de 36 kilómetros mal contados por las lindes más occidentales de la Jara toledana, anotamos que desde finales del siglo XIV ha sido camino obligado para peregrinos que se dirigían a Guadalupe y para los pastores trashumantes de la Mesta.

La ruta se ofrece breve y también enjundiosa. Ya en **Puente del Arzobispo**, adonde se llega desde Oropesa (13Kms), o por la carretera comarcal de Talavera (35 Kms) (en Calera y Chozas se encuentra el arranque mismo de la "Vía Verde"), nos podemos deleitar con los rótulos de cerámica de sus calles y con placas, de cerámica también, claro, con que los puenteños honran y recuerdan a sus ilustres paisanos, conquistadores, fundadores y colonizadores y beatos asesinados, entre otros; y con sus calles mismas, muchas de aire judío y fachadas enjalbegadas, entre artísticos y ornamentados cachivaches de cerámica, porque son verdaderas exposiciones de loza vestida de verde. Y a ello se suma la estampa policromada de la "villafranca" debatiéndose entre lo rural y urbano. Así, se ven aún alineadas casas de una planta con doblado a dos aguas y con corralones convertidos en refinados talleres de cerámica. Muchos acogen frescos y emparrados patios con las puertas adinteladas y siempre semiabiertas para que el visitante complazca su curiosidad.

En lo que fue Cañada Real, un robusto rollo de justicia de estilo gótico habla ya de la historia añeja de **Puente**, cabeza de partido hasta hace pocos años, y casonas con enseñas nobiliarias, dinteles ilustrados y labradas rejerías de su hidalguía. En la plaza de la iglesia, una placa deja leer el afecto de los puenteños a su paisano más ilustre, El capitán D. Diego Villaroel, fundador de la ciudad de San Miguel de Tucumán (Argentina). El vano de un arco alcanza la señorial Plaza de España, que recaba para **Puente** un aire urbano de clásica ciudad castellana. En el centro, bancos revestidos con paneles de cerámica, árboles sombreando la fuente y un busto del cardenal Tenorio, "fundador de la Puente, la iglesia y hospitales que fueron de esta villa". La Casa Rectoral, de bellos balcones enrejados, corre todo un alero de la plaza, y el frontal una casona cuyo dintel, entre símbolos heráldicos, señala que ahí estuvo el hospital construido por el cardenal Sandoval y Rojas en 1620 sobre lo que fue el palacio de D. Pedro Tenorio. En lo más alto, una azotea florida y adornos de cerámica y un escudo bicéfalo. El Ayuntamiento cierra el otro alero del rectángulo. Un robusto e historiado monumento glosa la batalla que en estos parajes mantuvieron contra los franceses cuando "la de la Independencia".

La iglesia tiene dos plantas realzadas por una cuadrada torre renacentista y la figura chapada de la enorme cúpula. La actual obra, de corte neoclásico, se alzó sobre otra de estilo gótico-mudéjar (finales del s. XIV), que, a su vez, se construyó sobre la ermita dedicada a Santa Catalina. El interior, dividido en tres naves de distinta altura y recorrido por cinco capillas, se abre alto y vigoroso. El retablo central lo preside la airosa imagen de la Santa plasmada en lustrosa cerámica puenteña. En la parte trasera, el coro y su escueto sillar guardados por trabajada rejería.

En dirección al río, se encuentra la parte más antigua: la Calle del Pan, que disputa su nombre con la de de los Ajos, en honor a los que desde sus aceras se brindaban en las fiestas de San Juan; la Calle de D. Pedro Tenorio, la primera calle de esta "villafranca" y en ella, como ya ha supuesto el lector, tenía su aposento el arzobispo reformista: exacto, pues en una fachada de la margen izquierda, camino del río, campea el escudo del cardenal benefactor para señalar el lugar que fue su casa.

Algunas casas tienen por entrada jambas de granito y arcos ojivales o peraltados que, con seguridad, vieron nacer el siglo XVI. Viviendas con soportales y aleros de sabor mozárabe, restos insinuantes de una sinagoga... La Calle Covachuelas se afana en buscar el barrio "Toledillo", origen de esta villa. Esta "villafranca", pues, situada en la margen derecha del Tajo, debe su fundación al cardenal Tenorio, señor que era de la próxima Alcolea, quien mandó construir el majestuoso puente en 1380, y no faltó la leyenda que lo acuñara y lo sostenga aún hoy. Hermoso y macizo se ofrece el puente con sus once ojos de piedra sillar y estilo gótico; se ofrece también como única vía de tránsito y enlace del interior hacia las tierras extremeñas...

Y nada más cruzarlo, entramos en la comarca de la Jara y en la jurisdicción de **Azután**, pues **Puente** es el pueblo de España de menor término municipal. Una piedra de granito, con el águila bicéfala y la inscripción de Azután, en las inmediaciones del puente, hace de término o mojón. A dos kilómetros aparece el cruce de **Azután**, pero un poco antes, en la cuneta izquierda de nuestra ruta remontando un repecho, se encuentran unas sepulturas romanas en el paraje conocido como "Cerro de las Sepulturas". **Azután** es el primer poblamiento conocido de la Jara, pues las culturas dolménica, ibérica, céltica, etc., dan cuenta de ello, aunque la villa fue fundada por Alfonso X. Junto al "Vado de Azután", se alza una torre árabe llamada Bury al Sultan, que da su nombre al pueblo, quizá construida sobre otra hispanorromana. Lo cierto es que este poblamiento nace a mediados del siglo XI en torno a esta torre-atalaya, y a principios del XIII pasa el Señorío de Azután a las monjas del Convento de San Clemente, de Toledo, que en estos pagos tenían su asiento. Estas monjitas controlaban el paso de personas y también del ganado por un puente de madera sobre el Tajo que, con harta frecuencia, veníase abajo. De aquí que el arzobispo diera en levantar esta majestuosa fábrica de piedra sillar, tan decisivo para la comarca jareña, ¡tan decisivo y tan único!

La iglesia es de aspecto sencillo. Sobre la fachada principal, la torre-campanario, y sobre las campanas, la espadaña custodiada por dos bolas de principios del siglo XVII; y sobre todo ello, el arrogante nido de cigüeña. Tranquilidad y anchura en Azután.

Retomamos la carretera en el mismo cruce en que la dejamos y, a poco más de dos kilómetros, a la derecha, hallamos el hermoso **Dolmen de Azután**, monumento megalítico de carácter funerario formado por varias piedras hincadas de pie y un corredor. A unos 7 kilómetros por esta misma carretera, encontramos el cruce de **Navalmoralejo**, pequeña aldea jareña entre hondones y piedras caballeras. El turista curioso y entretenido, después de visitar la iglesia, recinto de planta rectangular cubierto por un sencillo artesonado mudéjar, de ver el Museo con numerosas muestras de la "Ciudad de Vascos", puede darse un refrescante chapuzón en la espaciosa piscina municipal.

En el mismo cruce que antes dejamos, sale el camino que va a la **Ciudad de Vascos**, enorme recinto fortificado en un promontorio sobre el río Huso. Una muralla, con varias torres rectangulares, rodea la ciudad, excepto cuando grandes peñascos hacen de defensa natural. Dos puertas dan entrada a la fortaleza: la del oeste exhibe un arco de herradura; la del sur está más deteriorada. Además, diversos portillos servían para realizar tareas tan domésticas como inexcusables. En el norte se encuentra la gran Alcazaba, compuesta por varios recintos murados, para uso particular del gobernador de la ciudad. Extramuros, saliendo por la puerta oeste, los baños de la Mora, junto al arroyo del mismo nombre; dos cementerios (sur y oeste) con enterramientos señalados con cipos, otra mezquita. Las excavaciones que se vienen realizando desde 1975, han dado a luz gran cantidad de materiales, cerámica sobre todo, y datos que permiten concluir que se trata de una ciudad hispano-árabe construida entre los siglos X-XI, aunque otros hallazgos romanos y visigodos evidencian la existencia de asentamientos anteriores. Digamos de **Vascos** que desde 1975 los arqueólogos no dejan de recibir agradables y sorprendentes sorpresas en sus trabajos de inspección y estudio.

De nuevo tomamos la carretera en dirección a **La Estrella** bordeando la Sierra Ancha, delicia adecuada con la nieve de los almendros en primavera. A la derecha, un inmenso panorama que no se detiene hasta las estribaciones de la Sierra de Gredos y la blancura de los pueblos veratos asentados en sus laderas.

Desde los altos de la carretera, destaca el pueblo de **La Estrella de la Jara**, acomodado como puede en una anchurosa loma. Sobresalen dos casonas coronadas por sendas torres señoriales.

Al llegar al pueblo, la carretera vieja se ofrece para enseñarnos un conjunto urbano formado por manzanas que no obedecen a plan alguno arquitectónico; y nada más tomarla, se alza una torre de amoriscado aspecto como el índice más antiguo del pueblo. Las casas son de pizarra, con patios por cuyas tapias asoman naranjos, parras y limoneros. Como conjunto que conserva todas sus características -rincones, esquinos redondos, poyos adosados de agradable conversación, el encalado de las fachadas, puertas de madera y ventanas guardadas por lanchas de pizarra sobre las que el gazpacho cogía el frescor de la noche-, se presenta el barrio Toledillo, vigilado por la enorme presencia de la Sierra Aguda y su forma de volcán. Entre los edificios notables que pueden verse, se halla la arrogante figura de la Iglesia parroquial que se debate desde finales del siglo XV entre el gótico y el renacimiento. Tres naves conforman el cuerpo interior cerradas por un artesonado sencillo y el cabecero, cuya cubierta es un

octógono de madera decorado con estrellas. Tiene dos hermosas puertas platerescas. La principal, cubierta por un soportal, mira al pueblo. La "del Sol", por dar a poniente, es más artística. Destaca también la Casa del Cura cuyo dintel anota la fecha de 1732. Los Caballeros de Calatrava, aunque resulte extraña su presencia en lo que fueron "antiguas tierras de Talavera", es indudable que anduvieron por estos pagos, cuyas insignias heráldicas aún persisten en sillares de granito, dinteles, fachadas y en restos de lo que fue un espacioso convento calatraveño, en donde pueden verse fustes, un escudo y la fecha acuñada de 1616.

Del lado sur de **La Estrella** sale un ramal que lleva a **Fuentes**, pedanía de este pueblo. Es de admirar la conservación de su casco urbano y la estampa señera de su iglesia del siglo XV.

En los 7 kilómetros que separan **La Estrella** de **Aldeanueva de San Bartolomé**, *Aldeanovita la bien nombrada*, se puede visitar en el mismo filo de la ruta: una enorme noria romana en la "Huerta de Juanilla", próxima a **La Estrella**, restos de un antiguo convento y casa de labranza, un kilómetro antes de entrar en **Aldeanovita**, y otro monumento megalítico por un camino que sale de la Gasolinera conocido como Dolmen de la Estrella, por hallarse en la jurisdicción de este pueblo.

Ya en el pueblo, se visitará la iglesia, del siglo XVI. Buena construcción de sillería. La nave está cubierta por un precioso artesón mudéjar. El altar mayor lo recorre un espléndido mural con escenas de la vida y martirio de San Bartolomé, realizado por el pintor ruso Wladimir Strashko. Resaltan también el espléndido arco toral de labrada piedra de granito que divide la única nave, los simples y rústicos adornos en las pilastras empotradas y la enorme pila bautismal de granito aristado. Desde la puerta procesional, situada en la fachada de la torre y parte trasera de la nave, se obtiene la mejor estampa del retablo, una vez que el espléndido arco toral le sirve de marco inigualable. En el Ayuntamiento se halla una ilustrada piedra de pizarra llamada estela del guerrero, con dibujos y símbolos enigmáticos llamados *cazoletas*.

Por las calles aún pueden verse casas de arquitectura rural. Quien lo desee puede admirar y comprar mantelería "lagarterana", objetos hechos de paja de centeno y degustar queso puro de oveja. También puede repostar a su gusto en el restaurante conocido como El Dolmen.

El "Castrejón", recinto defensivo de los celtas, un cordel de merinas y una piscina con dimensiones olímpicas dividen en dos los cuatro kilómetros que separan **Aldeanovita** de **Mohedas de la Jara**. A la entrada del pueblo nos recibe la ermita (S. XV) con sus tres naves cubiertas por techumbre de madera y soportadas por diez columnas. Esta ermita, en cuya puerta se observan arcos romanos, ha de ocupar, o ser lindante con, el antiguo solar de un antiguo hospitalito de peregrinos guadalupeños. Camino de la plaza de este pueblo serrano de amoriscado nombre, un labrado dintel en el frontal de una casona hace constar que en ella nació D. Juan Álvarez de Castro, ilustrado obispo que fue de Coria y muerto por los franceses. Es **Mohedas** el pueblo jareño de más peso y poso tradicional, de aquí que conserve viva su estampa rural: casas bajas y anchas con corrales alineados entre cercones y olivares; calles amplias y aseadas; puertas traseras o falsas con cruces de hierro por cerrojos junto a las principales, muchas con postigo y manos femeninas por aldabas. Portales que dejan ver el carro desyugado y aperos de labranza y el brocal labrado del pozo. Por sus calles, se encuentran diseminados anchos portalones con arcos de granito que hablan también de la presencia de los de Calatrava por estas tierras de linde extremeña. La iglesia (s. XV) es una gran obra de piedra de granito con hermosa torre adosada a los pies y algunos paneles de cerámica de Talavera. Un curioso artesonado mudéjar cubre la nave. Debería visitarse también el Museo del juguete, con más de ocho mil piezas.

La carretera continúa por la ladera de la Sierra de Altamira, hecha de pinares, jaras, rebollos, castaños, madroños y monte bajo y fósiles, hacia **Puerto de San Vicente**, balcón geórgico entre dos reinos, el de Castilla y el de Extremadura. Es el último pueblo toledano. En el portillo que da paso a la carretera, los Montes de Toledo mudan su nombre para tomar el de "Sierra de Altamira", lugar que esconde muchas historias de "los hombres de la sierra". Desde ese boquete la vista se complace entre paisajes bíblicos: todo el valle del río Gadarranque y las estribaciones de la Sierra de Guadalupe; al fondo, a la izquierda, el castillo de Castilblanco e, incluso, el de Herrera del Duque. Del portillo mismo, en donde antes hubo una ermita y luego una posada-hospital para socorrer a los peregrinos que desde allí ya veían Guadalupe, arranca un camino, muy cómodo de transitar, que conduce a la cima de la cuerda serrana. Desde allí se ve la presa del pantano de Cijara, su reculaje, numerosos pueblos extremeños, toda la comarca de la Jara y las primeras lindes del Parque de Cabañeros. Mirando al norte,

Gredos y la Sierra de San Vicente. Castaños, pinos, encinas, rebollos, alcornoques...

Puerto es un pequeño pueblo acomodado en lo accidentado del terreno que ha decidido aprovechar su enclave geográfico y la bondad de su clima: campamento, piscinas, rutas de senderismo, vistas panorámicas de sugerencias bíblicas... Frescor y verdor por todas partes. Conserva su arquitectura rural en gran medida. Cuenta con una cómoda Casa-rural de entrañable sabor rústico, un documentadísimo museo de fósiles recavados en sus cercanías y un generoso albergue de peregrinos y caminantes. En la misma torreta, en lo más alto de la carretera divisora de Castilla y de Extremadura, se pueden ver restos de una antigua ermita y de un antiguo hospitalito que auxiliaban a cuantos peregrinos acudían a venerar a la Virgen de Guadalupe. Actualmente, se pretende erigir en esos venerables lugares otra ermita que rememore a aquella y sirva de albergue a la futura Patrona de la Jara: Nuestra Señora de la Jara, venerada desde hace siglos en Ibahernando, pueblo extremeño entre Trujillo y Guadalupe...

Si el viajero desea comer, debe acudir a la Casa-rural, de esmerada traza, originalísima escalera y envidiables vistas. Y si desea continuar la ruta, debe bajar el puerto que vadea el valle del Guadarranque. A ocho kilómetros encontrará la carretera *de la Loba*, en cuyos inicios vuelve dar con la "Vía Verde" se estira hasta Logrosán. Por esta malhadada carretera se llega al **Pantano de Cijara**, cita de cuatro provincias: Toledo y Ciudad Real y las dos extremeñas. Pero el el cruce mismo, si gira hacia la izquierda llegará a **Puerto Rey**, donde encontrará un buen restaurante y una suculenta exposición y venta de productos jareños. A dos kilómetros aparece una carretera a la derecha que en diez minutos da con las **Minas de Santa Quiteria**, donde comerá placenteramente en el mal llamado "Rincón Andaluz", enclavado en el corazón mismo de nuestra Jara profunda. También podrá visitar el enorme y abastecido museo rural en el que se citan todos los enseres que durante siglos han punteado la existencia de la gente jareña hasta las postrimerías del siglo XX